

Amantes

Mary
Nichols

Una nueva vida



MILORDS

Mary
Nichols
Una nueva vida

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Hermosilla, 21
28001 Madrid

© 2003 Mary Nichols. Todos los derechos reservados.
UNA NUEVA VIDA, Nº 14 - 15.4.08
Título original: A Lady of Consequence
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.

Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.

® Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-5781-9
Depósito legal: B-2564-2008
Editor responsable: Luis Pugni

Prólogo

1817

Maddy se había quedado ya sola. Era la única persona del servicio doméstico que aún estaba trabajando. Los demás habían terminado ya. El último en irse había sido el cocinero, que le había dicho:

—Date prisa, o no habrás terminado antes de la hora de volver a empezar.

Lo cual no era, precisamente, el mejor modo de animarla.

Se había celebrado una cena en la casa y lo que se necesitaba fregar para atender a una docena de personas era increíble: una montaña de platos, soperas, bandejas, cristalería y cubertería, para no mencionar todas las cazuelas que se habían utilizado para cocinar. Los invitados hacía ya tiempo que se

habían marchado, desde allá abajo se oían bien los carruajes, y la familia, lord y lady Bulford, el honorable Henry y las dos damas jóvenes, Hortense y Annabel, estaban ya en sus habitaciones sin preocuparles lo más mínimo que una de sus revientas estuviera trabajando duro en los infiernos de su casa de Londres.

Cuando hubo terminado de fregar, preparó las bandejas para el desayuno, llenó las tetaras de agua y cubrió con ceniza las ascuas para mantenerlas hasta el día siguiente, la última de las tareas del día. No tendría que trabajar como una esclava si su madre no hubiera muerto en circunstancias tan trágicas, se decía montones de veces a lo largo del día. Había sido atropellada por un carruaje en Oxford Street, adonde había ido a comprar una cinta para un vestido que estaba confeccionando. Era costurera, y muy buena, y ella habría seguido sus pasos de no haber sido por el accidente.

Al menos eso decía todo el mundo que había sido: un trágico accidente del que nadie era culpable. Pero el día del funeral oyó hablar a dos vecinos que decían que el joven caballero que conducía el coche iba a demasiada velocidad, y que deberían haberle castigado a latigazos, además de haberle obligado a pagar una buena multa. Pero claro, se trataba de un aristócrata que por ende iba borracho, lo cual parecía ser excusa suficiente para dejar a una niña de nueve años sin madre.

Porque el caso era que tampoco tenía padre, al menos padre conocido, de modo que la habían enviado al orfanato de Monmouth Street, que acogía a los niños huérfanos hijos de soldados que habían perdido la vida en la guerra.

Seguramente alguien les dijo que su padre era soldado, aunque ella desconocía si era cierto porque su madre nunca hablaba de él. De allí la habían enviado a casa de lady Bulford cuando tenía doce años y la consideraron lo bastante mayor como para trabajar.

La cocina del número siete de Bedford Row había pasado a ser su mundo desde entonces, dos largos años en los que los días se sucedían monótonos, iguales al anterior y al siguiente, sin nada que rompiera la rutina, y nadie con quien hablar a excepción del resto de la servidumbre, que la trataba con desprecio por saber de dónde venía. Raras veces le permitían salir de la casa excepto dos horas del domingo por la tarde, que pasaba paseando por los parques, fingiendo ser una dama que no tenía nada mejor que hacer que cuidar su aspecto y llamar la atención de algún joven guapo, que quisiera regalarle una vida de lujo parecida a la que llevaban los Bulford.

El cocinero solía decirle que le gustaba demasiado soñar, ¿pero de qué otra manera podía alegrarse los días si no era soñando? Y eso era lo que estaba haciendo en aquel momento, de rodillas de-

lante del fuego, con la mirada perdida en las últimas ascuas y esperando un milagro.

Sorprendida por un ruido inesperado se dio la vuelta: el honorable Henry estaba allí de pie con una bata de cuadros sobre el camisón.

Rápidamente se puso en pie e hizo una cortesía.

—¿Quién eres tú? —le preguntó.

—Maddy, señor.

—Qué nombre tan poco corriente —comentó con una sonrisa.

—En realidad me llamo Madeleine —aclaró, aunque la habían llamado Maddy desde que llegó allí. «Es demasiado pomposo para una muerta de hambre como tú», le habían dicho al llegar. De modo que había pasado a llamarse Maddy.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando aquí?

—Todo el día, señor.

—No. Lo que quiero decir es que cuánto tiempo llevas trabajando para la familia.

—Dos años, señor. ¿Puedo hacer algo por usted?

—Ah, sí —murmuró, mirándola de abajo arriba—. Desde luego que sí.

—Dígame, señor.

Fue como si de pronto saliera de un trance y se echó a reír.

—He bajado a por un vaso de leche. No podía dormir.

Maddy entró en la despensa, donde se guardaba

la leche en una jarra de barro sobre las frías losas del suelo.

—¿Podrías calentarla un poco? Sería mejor.

La echó en un cazo y avivó las ascuas para calentarla mientras él la seguía con la mirada.

—Eres muy bonita, ¿lo sabías?

—No —contestó. Estar tan cerca del fuego le había caldeado las mejillas, pero aun así, enrojeció—. No debería decir cosas así, señor.

—¿Y por qué no? Es la verdad. Apuesto a que hay más de un joven mozo que se pierde por tus huesos.

—No señor. No soy lo bastante mayor para eso, en caso de que se les permitiera entrar aquí.

Lady Bulford se lo había dejado muy claro cuando llegó, y aunque entonces no entendía bien a qué se refería, a lo largo del tiempo había llegado a descubrir muchas cosas del mundo y de los jóvenes en particular, lo cual habría sorprendido enormemente a su madre.

—¿Cuántos años tienes?

—Catorce, señor.

—Dios mío, estás muy crecida para la edad que tienes. Mi madre debe darte bien de comer.

No sintió deseos de decirle que vivía de las sobras, no sólo de las de la mesa de los señores, sino de las de la servidumbre. Sólo estaba un peldaño por encima de los perros y los gatos que vivían en el jardín y que eran los últimos en comer.

Sirvió la leche en un vaso y se la ofreció.

—Aquí tiene, señor. Espero que duerma mejor.

—Estoy seguro. ¿Te vas a ir ya a la cama?

—En cuanto haya fregado el cazo y tapado las ascuas del fuego, señor.

—Buenas noches, Maddy.

—Buenas noches, señor.

Y se marchó con su vaso de leche. ¡El hijo del amo la había encontrado bonita! ¿Lo sería? Su madre siempre decía que lo era y le hacía preciosos vestidos, y le cepillaba el pelo hasta que brillaba como el terciopelo, pero de eso hacía ya mucho tiempo y ahora su ropa era un uniforme de criada y estaba demasiado cansada para cepillarse el pelo, así que se conformaba con pasarse el peine para quitarse los nudos. Ojalá...

Ojalá su madre estuviera viva. Vivirían juntas en el pisito que había sobre la tienda, que les daba para vivir a ambas decentemente. Estaría aprendiendo a confeccionar vestidos, cabriolés y preciosas enaguas y sombreros. Su madre decía que se crearían toda una reputación como las mejores modistas de Londres, y que la clase alta se pelearía por contar con los servicios de *Madame* Charron y su encantadora hija. Su nombre no era Charron, por supuesto, sino Cartwright, pero su madre decía que el francés sonaba mejor.

Haciendo un esfuerzo, se olvidó de lo que era ya otra fantasía y arrastrando los pies subió por la estre-

cha escalera que conducía a su diminuta habitación del ático, una de las muchas que ocupaban las mujeres del servicio, con diferentes grados de comodidad según su estatus.

Estaba metiéndose en la cama cuando oyó pasos en la escalera. En un principio no prestó atención. Se trataría de otra de las sirvientas que volvía de tomar un vaso de agua. Pero cuando los pasos se detuvieron ante su puerta, se incorporó con el corazón en la garganta.

La puerta se abrió y el hijo del amo, en camisón, apareció ante ella. Sonreía.

—No te asustes, querida —dijo, cerrando la puerta a su espalda y acercándose al lecho—. Es que sigo sin poder conciliar el sueño.

—¿Quiere que baje y le prepare otro vaso de leche? —preguntó, pensando que ella sí que no iba a poder dormir a ese paso.

—No, mi querida Madeleine —dijo, sentándose en el borde de la cama y tomando su mano; la tenía roja y áspera de tanto fregar, pero él parecía no darse cuenta—. Creo que podría dormir si me dejas tumbarme junto a ti.

—¡Señor!

Estaba atónita y confusa, y en cierto modo, excitada. El corazón le latía desaforado.

Él sonrió.

—Eres tan bonita y estás tan caliente... tienes el cuerpo de una diosa, ¿lo sabías?, y no puedo dormir

pensando en ti. Quiero tocarte, acariciar tu piel sonrosada, sentirte, besarte.

Se inclinó hacia delante, tomó su cara entre las manos y la besó en la boca. Tenía los labios suaves y húmedos, y el aliento le olía a vino y a coñac. Luego comenzó a tocarla por todas partes, a tirar de su camisa y a abrirle las piernas.

De pronto se dio cuenta de que lo que pretendía hacer no estaba bien. ¿No le habían hablado las mujeres del orfanato de los deseos carnales de los hombres? ¿No le habían advertido una y otra vez que no debía permitir que un hombre se quedase con su virtud hasta no tener una alianza en el dedo? Era, según le habían dicho, el peor de los pecados, y le ponían ejemplos de chiquillos cuyas madres no se habían casado. Bastardos, los llamaban. Era lo que pasaba si yacías con un hombre antes de la noche de bodas.

Algunas la llamaban a ella bastarda porque su madre no se había casado con su padre, quienquiera que fuese, pero ella les había contestado que su padre era un héroe que había caído luchando por su país. Pero en aquel momento, lo que había oído decir a la servidumbre de la casa comenzó a cobrar sentido.

Aquello no era un sueño, ni un milagro deseado, sino una pesadilla.

—¡No! —gritó, intentando soltarse—. ¡No puede hacer esto!

—¿Que no puedo? —repitió, lanzándose sobre ella—. Pero mi querida Madeleine, tú no puedes decirme a mí lo que puedo o no puedo hacer, porque yo hago lo que me place. Tú eres una sirvienta, y debes hacer lo que se te ordene. No querrás que te despidan sin referencias, ¿verdad?

—Pero usted no haría algo así, ¿no? —preguntó, temerosa.

—Podría hacerlo, pero no lo haré si eres una buena chica.

Y hundió la cara entre sus pechos.

—Soy una buena chica —contestó, intentando liberarse—. ¡Suélteme, por favor!

—Lo haré, cuando haya terminado —dijo. Ya no sonreía. Parecía decidido hasta tal punto que ella quedó inmóvil un instante. De haber continuado halagándola, susurrándole palabras tiernas y bañándola con dulzura, ¿quién sabe si habría sucumbido? Tal era su deseo de ser amada, de ser considerada un ser humano con sentimientos, de ser tratada con ternura, que habría dejado de forcejear. Pero acostumbrado como estaba a que no se le negara nada, se había enfadado. Y ella, también.

Utilizó lo que le quedaba de fuerza para clavarle la rodilla en la entrepierna y cuando saltaba de la cama, le oyó aullar de dolor. Corrió a la puerta, salió al corredor y bajó las escaleras en camisón, buscando refugio en la seguridad de la cocina. Pero no consiguió llegar porque tropezó con lord Bulford, que se

había levantado y estaba en el descansillo de la escalera atándose el batín.

—¿Dónde está el fuego? —rugió.

—¿El fuego? ¿Qué fuego?

—Entonces, ¿qué pasa?

—Que su hijo está en mi habitación —dijo sin detenerse a pensar en las consecuencias de su acusación—. Ha intentado... no debería...

—¿Mi hijo? ¡No seas ridícula, muchacha! ¿Qué iba a querer mi hijo de ti?

—George, ¿qué pasa?

Lady Bulford, que apenas había tenido tiempo de echarse un peinador por los hombros, se acercó a su marido.

—Esta cría maleducada, que ha acusado a Henry de entrar en su habitación.

Ella la miró de arriba abajo con un gesto de obvio disgusto.

—Debe haber perdido el juicio. O está soñando. O lo ha confundido con alguno de los criados. Si ha estado recibiendo hombres en su habitación, sólo podemos hacer una cosa...

—Yo no he recibido a nadie en mi habitación —espetó, olvidándose de que lo que debería haber hecho era no responder—. Su hijo se ha presentado sin que nadie lo invitara. ¿Acaso creen que no voy a reconocer al honorable Henry? Bajó a la cocina a por un vaso de leche, yo se lo di, y luego se presentó en mi habitación...

—¡Dios bendito! ¡Y tiene la desfachatez de insistir! —exclamó lady Bulford, dirigiéndose a su marido—. Como si Henry fuese a mirar a una perdida como ella. ¿Se puede saber qué pretendías ganar con semejante historia? ¿Dinero?

—No, señora, lo único que quiero es poder volver a mi cama y que nadie entre en mi habitación sin ser invitado —dijo, pronunciando con cuidado cada palabra, como su madre le había enseñado—. Por favor, díganle a su hijo que sus atenciones no son bienvenidas.

—¡Santo cielo! Ahora sí que puedo decir que lo he oído todo —dijo lord Bulford, rojo de indignación—. Volver a la cama, ¿eh? ¿Y con quién, si puede saberse?

—Con nadie. Estoy cansada. Llevo trabajando todo el día...

—Bueno, si de lo que te quejas es del exceso de trabajo, eso puede remediarse fácilmente —intervino lady Bulford—. Puedes hacer las maletas y dejar esta casa ahora mismo. Tus servicios ya no son necesarios.

—¡Pero si yo no he hecho nada malo!

—Acusar falsamente a mi hijo es malo, mostrarte insolente con tus señores es malo, quejarte de tu trabajo es malo cuando todo el mundo sabe que mi casa es una de las mejores para sus empleados.

—Y también lo es correr por la casa en camisón en plena noche —intervino él, mirándola de pies a cabeza.

—Lo he hecho para escapar.

—Entonces, ya puedes escapar. Permanentemente. Vuelve a la cama, pero quiero que te hayas marchado antes de que mañana baje a desayunar.

—Pero, milord, ¿adónde voy a ir?

—Eso no es asunto mío. Al lugar del que viniste, imagino. Y no esperes que te dé referencias...

—Milord, le ruego que...

—Basta. No pienso seguir hablando contigo. Quítate de mi vista si no quieres que te eche a la calle ahora mismo.

Maddy volvió a su habitación, que afortunadamente estaba vacía, se tiró sobre la cama y lloró desconsoladamente. ¿Por qué no la habían creído? Qué injusto era... ¿Adónde podía ir? ¿De qué viviría? ¿A quién pediría ayuda? No podía volver al orfanato. Ya era demasiado mayor. ¿A la casa de caridad?

Si Henry Bulford tuviera un ápice de decencia, admitiría lo que había hecho y la exoneraría. Pero sabía que no iba a ser así. Él pertenecía a la élite, a la gente que tenía más dinero del que podría gastar en toda una vida y que en su opinión les daba derecho a hacer lo que les diera la gana; para ellos, personas como ella eran lo más bajo de lo bajo y carecían de importancia.

Pero poco a poco su tristeza se volvió ira, y la ira le dio fuerza. No iba a acobardarse. Era tan buena como ellos, mejor incluso, y algún día se lo demostraría. Algún día pasaría por encima de ellos. Algún

día tendrían que reconocerla como si igual. No sabía cómo podría hacerlo, o cuánto tiempo le costaría conseguirlo, pero nada ni nadie iba a interponerse en su camino. Conseguiría hacer realidad sus sueños. Llegaría a ser una dama.

Uno

1827

El telón bajó tras el último acto acompañado de un rabioso aplauso, y volvió a levantarse varias veces para recibir la ovación del público, pero todo el mundo sabía que a quien en realidad querían volver a ver era a Madeleine Charron. Tenía el mundo del teatro a sus pies; todos los jóvenes de la buena sociedad y algunos que ya no lo eran tanto se disputaban sus favores, incluido Duncan Stanmore, marqués de Risley.

—No sé qué me gusta más, si su físico o su talento como actriz —le decía a su amigo Benedict Willoughby cuando ambos se levantaban para ovacionarla—. Ambas cosas son de primera.

—Si has puesto tus miras en ella, volverá a casa

llorando —dijo Benedict—. A diferencia de la mayoría de su clase, es muy quisquillosa en cuanto a sus acompañantes.

—Lo dices porque la semana pasada se negó a ir a cenar contigo.

—En absoluto —contestó, molesto, mientras salían—. No soy yo el único al que ha rechazado. Más bien al contrario, aunque he oído que la semana pasada salió a dar un paseo por el parque con sir Percival Ponsonby, así que no puede ser tan melindrosa.

—Sir Percy es un caballero machucho que no haría daño a una mosca.

—Machucho y carcamal. Debe pasar de los sesenta, ¡y qué forma tan ridícula tiene de vestirse!

—A mí no me parece que vista tan mal. Además, siempre le han gustado las actrices, ya lo sabes. Aprecian su galantería y se sienten a salvo con él. Pero no durará. Percy es un soltero vocacional.

—¡Santo cielo! No estarás pensando en pasar por la vicaría, ¿verdad?

—No seas bobo, Willoughby. A mi padre le daría un ataque. Pero la llevaré a cenar.

—Sí. Con que le pongas tu título y tu fortuna ante las narices, caerá a tus pies.

—Lo conseguiré sin mencionar ambas cosas.

—¿Cuándo?

—La semana que viene. Te apuesto un caballo a que lo consigo.

—Hecho.

Salieron a la calle. Una muchacha que vendía flores estaba junto a la puerta del teatro, ofreciendo pequeños ramilletes a los caballeros que acompañaban a sus damas a los coches. Duncan se detuvo junto a ella, buscó un par de guineas en el bolsillo y las hizo sonar en la mano.

—Te las compro todas —dijo, lanzándoselas a la cesta—. Llévaselas a la señorita Charron a la salida de actores.

La muchacha sonrió.

—¿Le doy algún mensaje, señor?

—No. Sólo las flores. Y haz lo mismo mañana por la noche, pasado mañana, y todas las noches que quedan de la semana —sacó unas cuantas monedas más y las lanzó junto con las otras antes de volverse a Benedict—. Vamos, Willoughby. Te invito a cenar en White's y luego podemos ir a echar una partida.

—¿No piensas pasar por la puerta de actores?

—¿Para qué? ¿Para hacer cola con los demás desgraciados? ¡Ni lo sueñes!

Benedict, acostumbrado como estaba a las peculiaridades de su amigo, se encogió de hombros y le siguió al club.

A finales de esa misma semana llegó un paquete al teatro a nombre de la señorita Madeleine Cha-

rron. Contenía un único pendiente con un diamante y una nota que decía:

Podrá tener la pareja si acepta venir a cenar conmigo el lunes. Mi carruaje estará esperando delante de la puerta de actores.

Iba sin firma.

Era evidente que pretendía intrigarla, y desde luego lo había conseguido. Maddy estaba acostumbrada a recibir flores, pero solían llegar acompañadas de sus remitentes, ansiosos de obtener el privilegio de salir con ella, o acompañados de notas o atormentados poemas de amor, pero nunca de incógnito. Pero la cesta entera de una florista durante toda una semana, seguida de un único pendiente de tan exquisita belleza que al contemplarlo se le hacía un nudo en la garganta, era algo diferente. Aquel último admirador era distinto.

—Y rico —dijo Marianne al ver la joya. Marianne Doubleday era su amiga, una actriz de mediana edad y con gran talento, que había tenido una vez, no hacía demasiado tiempo, a la alta sociedad a sus pies—. ¿Seguro que no tienes ni idea de quién es?

—En absoluto.

—¿Y piensas salir con él?

—No lo sé. Desde luego parece un hombre muy seguro de sí mismo.

Años atrás, cuando se unió a la compañía como sastra, Marianne le brindó su amistad, y más adelante, cuando llegaron sus primeros papeles, le enseñó a actuar, a proyectar la voz para que un susurro pudiera oírse en el gallinero, a moverse con donaire, a usar las manos y los ojos para expresarse sin revelar sus más íntimos pensamientos, a escuchar y comprender los matices de una conversación, el significado oculto tras el modo en que se dice una palabra, las maneras de los mundanos, todo lo necesario para hacerle alcanzar el estatus del que disfrutaba en aquel momento.

A cambio, Maddy le había confiado su ambición secreta de llegar a ser una dama. Marianne no se había burlado; era cierto que algunos caballeros de la nobleza acababan casándose con actrices, pero le había dicho que sería muy difícil, que normalmente la buena sociedad las obligaba al ostracismo y que ser una dama podía no ser tan maravilloso como parecía a simple vista, que con el dinero y la posición venían las responsabilidades.

—Además, los padres del joven en cuestión pondrán toda clase de dificultades —le había dicho—. Si tienen posición, lucharán contra ti con uñas y dientes. Tendrán una novia escogida de antemano para él, a menos, claro, que te decidas por algún viejo, en cuyo caso lo más probable es que se trate de un viudo con familia propia.

La idea le había hecho sonreír.

—Un viejo no me vale. Quiero que la gente me envidie, que me mire por la calle, que se tome en serio lo que yo pueda decir. Quiero tener una gran casa, coche y servidumbre. Nadie, nadie en absoluto, se atreverá a mirarme por encima del hombro o a dar por sentado que puede hacer de mí lo que quiera...

—Mucho pides, Maddy. Mi consejo es que tomes lo que te ofrezcan y que disfrutes de ello, pero que no pidas la luna.

Aunque Marianne sabía de su ambición, no conocía sus razones. No sabía de la furia interior que seguía apoderándose de Maddy cada vez que pensaba en Henry Bulford y sus padres, una furia que no había menguado con el paso de los años. Desde el principio mismo de su carrera había alimentado el deseo... ¿de qué? ¿De venganza? No, porque Bulford había heredado el título de su padre y estaba casado, pero ella no le envidiaba lo más mínimo su vida. Habían coincidido en una ocasión en una fiesta, pero él ni siquiera la había reconocido. ¿Cómo iba a relacionar a la criada pálida y delgaducha a la que había intentado violar con la hermosa actriz que estaba arrasando en Londres?

Mucha agua había pasado ya bajo el Puente de Londres desde entonces, alguna tan oscura que desecharía poder olvidarla, y que sólo servía para espolear su determinación. Había hecho girar la rueda del destino. Nunca había pasado hambre, pero había

llegado a mendigar e incluso a robar, de lo cual no estaba orgullosa, hasta que había encontrado el trabajo de costurera. Horas y horas de trabajo enclausurado, viviendo en posadas de mala muerte, trabajando hasta dejarse literalmente la piel y todo casi por la comida.

Su ambición se había visto apagada por el peso abrumador de tener que ganarse la vida, pero no murió. Hasta que un día, en 1820, recordaba el año perfectamente porque fue el momento en que el rey intentó divorciarse de su esposa y se convirtió en el blanco de todas las burlas, se encontró con que tenía que entregar un traje en el teatro del Covent Garden. Su ama a veces colaboraba con ellos cuando tenían en marcha una gran producción, y en particular aquel traje se esperaba como agua de mayo, y su ama le había pedido que lo entregase de camino a casa.

En aquella ocasión la compañía al completo llegaba al teatro después de haber hecho una representación en una mansión aristocrática. A su frente estaba un personaje peculiar llamado Lancelot Greatorex, que la fascinó con sus extrañas ropas y sus extravagantes gestos. Él, al percatarse de su curiosidad, le preguntó si era actriz.

—Oh, no —contestó.

—¿Y cómo lo sabes?

—¡Pues porque no me he subido a un escenario en la vida! —contestó riendo.

—Eso no tiene importancia. No es necesario es-

tar sobre el escenario para saber interpretar. ¿O acaso quieres decirme que nunca has tenido una fantasía, o que nunca has fingido ser quien no eres?

—No se me había ocurrido pensarlo así.

—Hablas muy bien. ¿Cómo te ganas el pan?

Quizás él hablaba metafóricamente, pero en realidad pan era todo lo que ella podía permitirse comer, y a veces un poco de mantequilla.

—Soy costurera.

—¿Una buena costurera?

—Sí, señor. He confeccionado casi todo el traje que he venido a entregar.

—¿Y eres rápida?

—Sí, señor.

—¿Cuánto ganas?

—Seis libras al año, señor.

Él se rió.

—Te doblo el sueldo.

—No creo que sepa actuar, señor.

—No te estoy pidiendo que lo hagas. Actrices hay más que gorriones, pero una buena costurera vale su precio en oro. ¿Te gustaría unirme a mi compañía como costurera? No siempre es bueno que se haga el trabajo fuera.

Maddy no había dudado. La clase de vida de una compañía de teatro le resultaba muy atractiva, y su ambición dormida revivió. Si quería mejorar, interpretar un papel para el que no había nacido, ¿dónde iba a aprender mejor que allí?

De modo que así había llegado a ser costurera, cosiendo, arreglando y planchando trajes, y luego pasó a ocuparse del vestuario de Marianne Doubleday, a charlar con ella en su camerino, a aprender, a aprender constantemente. Era lista y siempre estaba dispuesta y cuando descubrieron que sabía leer, le dieron el trabajo de apuntadora, de modo que cuando alguien del reparto caía enfermo, ¿quién mejor que Maddy se sabía el papel? Y así nació Madeleine Charron, actriz.

¿Bastaba con eso? ¿Satisfacía así sus sueños? ¿Seguía ardiendo en ella el deseo de llegar a ser una dama? ¿Podría conseguirlo, o como Marianne decía, era pedir la luna?

—Así que crees que no debería ir —le dijo sonriendo a su amiga.

Marianne se encogió de hombros.

—Depende de ti. Pero no tienes que comprometerte, ¿no? La invitación es sólo a cenar, ¿verdad?

—Y te aseguro que no voy a ofrecer nada más.

Había salido con incontables jóvenes a cenar y disfrutaba de su compañía, aunque cada vez se preguntase si aquél sería el que cumpliría su sueño. Por desgracia, antes de que terminase la velada, siempre había sabido que no iba a ser así.

Había muchas razones: aquellos aduladores no poseían el título que ella buscaba, eran demasiado jóvenes o demasiado viejos, o feos como para darle hijos feos también, o carecían de una conversación

interesante, o le resultaban demasiado exuberantes. Algunos eran bobos, otros daban la impresión de estar haciéndole un favor invitándola a cenar, varios estaban casados y esperaban más de lo que ella estaba dispuesta a ofrecerles.

—Pero ten cuidado, Maddy, no vayan a tacharte de provocadora.

—No pases cuidado, Marianne, que me has enseñado bien.

El lunes por la noche, Maddy pasó más tiempo del que tenía por costumbre sentada ante el espejo, quitándose el maquillaje de la obra y cepillándose el pelo para recogerlo en un moño griego, antes de escoger vestido. Se consideraba mujer de buen gusto, y siendo costurera de las buenas, sus ropas, aunque no fueran muchas, estaban confeccionadas maravillosamente y se habían empleado en ellas los mejores tejidos que se podía permitir. Le hacía sentirse bien el poder soportar la comparación con aquéllas que se consideraban por encima de ella en la esfera social.

Se decidió por un vestido de seda azul con el cuerpo ceñido y la falda cortada al bies, que parecía flotar sobre sus curvas. Las mangas eran cortas y abullonadas y tenía un escote generoso bordado de perlas, que realzaba sus hombros y su cuello. Dudó si ponerse o no algún collar, pero puesto que sus joyas

eran todas falsas, decidió no hacerlo y se limitó a ponerse el pendiente y a colocarse sobre los hombros una capa de terciopelo azul.

Todos excepto el guarda nocturno se habían marchado ya, y se esperaba encontrar la calle vacía. Y sería culpa suya, porque no había sido puntual, de modo que quizás su admirador se habría marchado a su casa. Pero se equivocaba: el coche estaba allí, esperando, aunque parecía vacío. Quizá había enviado sólo al carruaje para que la recogiera y la llevara a donde estuviera él. No le hacía demasiada gracia la idea porque la ponía en desventaja, de modo que se quedó allí, arrebujándose en su capa, esperando que el otro diera el primer paso.

Una mano apareció en la puerta del carruaje mostrando el otro pendiente, y oyó una risa queda.

—Si te acercas, querida, te lo pondré. Aunque eres muy hermosa, tu rostro está desequilibrado así.

—¿Teme mostrar su rostro, señor?

—En absoluto.

La puerta se abrió de par en par y un hombre se acercó a ella. Joven pero no demasiado. Debía rondar los veinticinco e iba vestido de noche con un chaqué, chaleco de terciopelo púrpura y camisa blanca, cuyos puños de encaje asomaban por la bocamanga de la chaqueta. Un broche con un único diamante brillaba en los pliegues de su corbata. Se quitó el sombrero y se inclinó ante ella. Tenía el cabello rizado y oscuro y cuando se alzó, descubrió

unos ojos castaños y simpáticos. Tenía la nariz larga y recta, y la boca firme. Sonrió.

—Aquí estoy. Soy tu esclavo, y estoy dispuesto a hacer lo que me pidas.

—¿Y tiene nombre mi esclavo?

—Stanmore, señorita Charron. Duncan Stanmore, a su servicio.

El nombre le resultaba familiar, pero no conseguía ubicarlo.

—Señor Stanmore...

—He pensado que podíamos ir a Reid's a cenar. ¿Te parece bien?

—Si accedo, mi recompensa será un pendiente, ¿no es así?

—El pendiente es tuyo de cualquier manera. No sería justo que lo mantuviera delante de tu nariz como si fuera una zanahoria. No acostumbro a actuar así —se inclinó de nuevo—. Pero consideraría un honor que aceptaras cenar conmigo.

—Entonces, vámonos.

Él se echó a reír y la acompañó al coche. Al acercarse, Maddy reparó en que tenía un blasón en la puerta. Así que Marianne había dado en el clavo: no era del montón.

El hotel al que iban era famoso por su cocina y era un lugar al que solían acudir las gentes del escenario, de modo que estaba abarrotado, pero cuando el camarero los vio, se acercó con una sonrisa.

—Buenas noches, milord. Su mesa está preparada.

Duncan sonrió.

—Gracias, Bundy. Sabía que podía confiar en ti.

Maddy se esperaba una estancia privada, o al menos, una mesa en un rincón a media luz, tal era su experiencia anterior, pero Duncan Stanmore no conocía las reglas del juego. Fueron conducidos a una pequeña mesa junto a la pared, que aunque era discreta, ofrecía una visión perfecta del resto de comensales, de modo que también a ellos podían verlos.

—Se ha dirigido a vos como milord —dijo cuando ya estaban sentados a la mesa y el camarero se había ido a por el champán que Duncan le había pedido.

Él sonrió.

—Supongo que se le habrá escapado. Sabe bien cómo ha de tratarme.

—¿Preferís ir de incógnito?

Él se rió.

—Eso, mi querida señorita Charron, sería imposible, al menos en Londres. No tiene importancia. Pero no espero que te dirijas a mí con tanta formalidad. Echaría a perder la velada.

Hizo una pausa cuando el camarero volvió con el vino y lo sirvió.

—El cocinero dice que tiene un succulento asado de ternera —les dijo—. Y hay lenguado en salsa de gambas, lechón que se deshace en la boca, además de confituras...

—Santo cielo, no tengo tanta hambre —exclamó Maddy riendo, aunque bajo la risa pensaba en los días en que pasaba tanta hambre y en los que una pequeña parte de todo cuanto el camarero les ofrecía habría sido para ella un auténtico banquete. ¿Por qué no podía olvidarse de ello?—. Un poco de pescado bastará, gracias.

—Yo tomaré lo mismo —dijo Duncan.

—Por favor, no reprima su apetito por mi causa, milord. Yo me daré por satisfecha con veros comer.

—Prefiero hablar que comer, y olvidas que soy Duncan Stanmore, y no milord —alzó la copa—. A la salud de mi bella acompañante.

Tomó un sorbo mirándola por encima del borde de la copa. Era hermosa, pero no del modo artificioso de muchas actrices, conseguido con afeites y polvos. Su encanto era completamente natural. Tenía un cutis perfecto y sus ojos, de un azul profundo con reflejos violeta, brillaban de inteligencia y sentido del humor, aunque había un poso de tristeza en su encantadora boca. ¿Quizá residiría en ello su talento como actriz?

—Gracias.

—Háblame de ti —le pidió cuando les sirvieron la comida—. Charron... ¿es apellido francés?

—Lo era en sus orígenes. Mi abuelo huyó de Francia con su esposa y su hija durante el Reinado del Terror y no volvió. Mi padre se crió siendo inglés y luchó por Inglaterra en la guerra contra Na-